

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La primavera, este año, es una coqueta que nos dirige un guiño, arroja como Galatea la manzana, y se esconde entre los sauces para hacernos rabiar... Su conducta ligera nos trae desesperados. Cuando creemos que es de circunstancias no encender la estufa, resulta que se tiritó, y si al día siguiente la salamandra roja, el sol, desembozándose, se burla de nuestras precauciones.

Nunca hubo marzo más antojadizo, más entreverado de ráfagas y sonrisas... En el anhelo general de que la primavera se afiance, entra por mucho la esperanza de que, cuando la eterna virgen y eterna niña se presente radiosa de alegría y de juventud, cese este apocamiento y encogimiento de ánimo que origina el estado sanitario, no muy satisfactorio, dígame lo que se quiera.

No comprendo por qué se hace del estado sanitario una cuestión política, y es conservador negar la epidemia y liberal exagerar el número de casos... No afirmemos que el servicio sanitario esté en Madrid á la altura que debe estar en las naciones civilizadas; supongamos más bien que en tal punto, lo mismo que en otros, vamos seguramente á la cola. Pero los liberales, ¿tendrían mejor organizado el servicio sanitario que lo tienen los conservadores? Aquí está lo discutible. Por más que discurro, en mi serenidad de persona absolutamente indiferente á la política, no acierto á adivinar dónde estará el partido que represente los intereses de la higiene, la ciencia y la salubridad. Ello es que, sin revestir proporciones aterradoras, el tífus exantemático en Madrid dá bastante guerra y convendría arbitrar los medios de extinguirlo.

Hoy es aquí más que una epidemia; ha tomado caracteres epidémicos, y es horriblemente contagioso. Sirvan de ejemplo los casos del alcalde de Madrid, conde de Peñalver—por fortuna fuera de peligro ya,—que lo adquirió visitando los hospitales, los barrios pobres de viviendas infectas, en cumplimiento de su deber, en este caso bien arduo, y del joven duque de Osuna y Uceda, que acaba de morir, y que lo contrajo asistiendo á un enfermo del propio mal. Por cierto que estos dos casos son los que más han sembrado la alarma, precipitando los viajes de primavera, de la gente adinerada, á provincias y al extranjero. Yo recordaba la anécdota famosa, el respetable periodista catalán, á quien un chusco atribuyó la noticia del descarrilamiento en que, «por fortuna, todos los vagones eran de tercera.» Mientras no son atacadas las personas conocidas, no se siente aprensión: por los «vagones de tercera» va la racha. Sólo al oír nombres familiares, nombres de amigos—¡pobre Luis Osuna!—se cree sentir el hálito de la muerte, su frío soplo que eriza el cabello...

Pues bien; si en algo se impone categóricamente la noción de la solidaridad humana, es en esto de la higiene. No es posible que descarrilen los «vagones de tercera» sin que salten hechos astillas muchos de segunda y primera, y hasta los *sleepings*. El tífus es sin duda una enfermedad que acomete más á los depauperados, á los que habitan en viviendas mefíticas y no se nutren lo suficiente; pero es un padecimiento infeccioso, y la infección no respeta á nadie. Ha habido innegable descuido, desde hace muchos años, respecto á los focos infecciosos de Madrid.

Yo no recuerdo desde cuándo viene lamentándose el estado desastroso del Hospital ó barracón instalado en el Cerro del Pimiento. Están olvidadas de puro sabidas tantas quejas de médicos, practicantes, enfermeros, que carecen de material de limpieza, que no pueden aislar á los enfermos, que saben cómo se multiplica el mal por sí mismo, ante el abandono

y la suciedad y la promiscuidad, en los domicilios y en los establecimientos benéficos. Tarde ó temprano tenía que suceder, no por culpa de Juan ni de Pedro, sino por un estado general, un modo de ser público, que nos alcanza á todos. El daño viene de atrás y el remedio exige perseverantes sacrificios.

Probablemente las epidemias y otros fenómenos semejantes—lo mismo que la mendicidad crónica, independiente de circunstancias anómalas que la pudiesen determinar—dependen de la constitución de las capitales, del género de vida de sus moradores, de su atraso, de sus recursos. No diré que no se trabaje en Madrid, ni que no existan industrias; pero mis lectores saben que frecuentemente he comentado la vagancia y holgazanería de la mucha gente que llena las calles de la corte. Existe un numeroso personal sobrante que se echa á la calle por el gusto de echarse, y prefiere vivir sin recursos á vivir de su sudor. Conozco un mozo sano y fuerte, á quien varias veces le buscaron ocupación almas compasivas, y que siempre dejó el trabajo con pretextos especiosos: hoy vaga pidiendo limosna, recogiendo colillas, y ¡Dios sabe! Naturalmente los vagos podrán, por milagro, sostenerse, pero lo verosímil es que su existencia angustiosa y precaria los coloque en situación de contraer más fácilmente, no sólo los achaques morales, sino hasta las enfermedades reinantes, los contagios del momento. El que trabaja y gana su sustento diario, tiene, por un orden natural, casa, alimento, cama, una camisa limpia el domingo. El vagabundo, el mendigo, el hampón, accidentalmente podrá disfrutar hasta de festines; á diario, sólo miseria. Y con la miseria, la enfermedad.

Así como la delincuencia encuentra mayor contingente en los vagos que en los laboriosos, las epidemias tienen en la turba sin oficio ni beneficio campo fértil para su horrible flora. Es, pues, la estructura de la coronada villa, repleta de vagos, favorable al desarrollo de los morbos y los contagios.

No; no será el amor al trabajo lo que mate á una infinidad de paseantes en corte. Aquel «don Lolo» de los Quintero es legión en Madrid, con su crónica desocupación y su ropa raída. Ocasión hubo de comprobarlo, con motivo de las recepciones vespertinas de la duquesa de Nájera. El palacio de esta gran señora se alza en la calle de Alcalá, sitio céntrico por excelencia. Desde las cinco de la tarde situábase allí una compacta muchedumbre de ociosos, mujeres con mantón ó velillo, hombres de hongo y capa, á no perder el espectáculo nunca visto de unas cuantas señoras que se bajan de un coche y entran en un portal... Formados en doble fila, empujándose para no desperdiciar átomo de tan extraordinaria diversión, esperaban largas horas en pie, como esperan el desfile de las corridas de toros, ó el paso del rey si se sospecha que va á cruzar... Pero ¿qué es esto al lado de otras muestras de *fur niente* y curiosidad que diariamente presenciámos? Bajos de un coche de punto y cambiada unas cuantas palabras con el cochero, sea para darle una orden, sea para advertirle que en vez de hora y media que pide, vuestro reloj señala hora y cuarto de marcha; y en el acto veréis reunirse á vuestro alrededor cinco, diez, veinte, cien personas que os avizoran, que os fisgan, que os aprietan, como si acabase de cometerse allí un crimen, como si estuvieseis dando ó recibiendo puñaladas... Apeaos á la puerta de una tienda: si lleváis un traje de seda, un sombrero de campana de estos feísimos de última moda, allí se agolpará todo el barrio, comadres, tíos, papanatas, chiquillería, y se formará en dos filas—ya tienen perfectamente aprendido el movimiento—y os aguardará, para no quedarse sin admiraros irónicamente, con rumores de envidia, entre chistes oídos la víspera en un *ciné* dramático. Y pregunto: ¿sucede tal cosa en los pueblos que adquirieron el hábito de trabajar? Los que así viven en la calle, y están pendientes de lo que no les importa, y se paran y abren la boca, y pierden horas ante lo insignificante y corriente, ¿tendrán que hacer en su casa, en su taller, en su escuela, en su obrador?

Ha venido á dar una nota más triste si cabe, dentro de las sombrías preocupaciones que originan siempre las epidemias, aun las benignas, la muerte del compositor Chapí, rendido, no al contagio, sino á la traidora pulmonía matritense, la que el Guadarrama esgrime contra los habitantes de la altiplanicie central. Chapí era joven aún, para el arte por lo menos, pues no había cumplido los cincuenta y ocho, y «me parece que no los cumplo», decía con profética alarma, y Chapí sucumbió cuando acababa de lograr un triunfo, muy discutido, pero halagüeño, con el estreno tantas veces aplazado—y en malas condiciones—de su ópera *Margarita la Tornera*. La misma semana en que ocurrió su muerte, los periódicos ilustrados publicaban grabados donde el maestro aparecía, copa en mano, brindando regocijadamente

en el banquete que le ofrecían sus admiradores... A la semana siguiente, lo que publicaron fué su retrato en el lecho mortuario.

Y aparte del momento en que la muerte le hirió por la espalda, Chapí ha tenido que ser muy llorado, porque se encontraba en plena producción, en lo mejor de su carrera. La última obra que estrenó, el goyesco sainete de Répide *Los Majos de Plante*, está llena de facilidad y de frescura, es la obra de un artista que no necesita forzar la inspiración; que la encuentra á mano, copiosa y rica. Si los que sostienen que *Margarita la Tornera* es una obra maestra estuviesen en lo cierto—libreme Dios de dar la razón á nadie, me falta competencia,—habría que reconocer la verdad de lo que se oye repetir: España ve desaparecer á los insignes, cuando más esperaba de ellos. Y aun suponiendo que haya hipérbole en lo referente á *Margarita*, aun restando de la producción de Chapí esta ópera, de la cual cantaba trozos en su delirio, con lo hecho en género de menores pretensiones, la zarzuela, bastaría para que debiésemos ceñir de negro crespón la estatua del arte nacional. La zarzuela no es despreciable, ni mucho menos; hay quien cree que ciertas obras de Mozart y Beethoven tienen carácter de zarzuela. Por lo menos, conozco óperas cómicas que de zarzuela calificáramos, y figuran entre las perlitas de la música clásica. Auber y Flotow no son, verdaderamente, pelagatos. Y *La bruja*, *El rey que robó*, *La tempestad* hubiesen sobrado para cimentar justamente la fama de Chapí.

No olvidemos la *Fantasia morisca*. En el lenguaje hay un testimonio fehaciente de la popularidad de tan encantadora composición. Cuando se dice algo que no tiene más fundamento del que la imaginación le da, suele añadirse sonriendo: «¡Bah! Fantasías moriscas.» ¿Quién no la habrá tarareado? ¿Quién la desconoce? ¿En qué paseo de provincia, á la hora feliz de los «acompañamientos» galantes, no habrán resonado los compases de la *Fantasia*, de una nostalgia africana, que recuerdan las Alhambras caladas y misteriosas, los patios refrescados por los surtidores, las kásidas árabes y las estrofas zorriescas?

La producción de Chapí es abundante, lozana, infatigable. Surtió á todos los escenarios, sin desatender otras labores, como el cuarteto que hace muy poco hemos oído ejecutar en los conciertos de Cuarema, y que va por los caminos de la música seria actual. Dicen los que le conocían mucho que trababa incansablemente. Tal vez la labor ruda le haya gastado, preparando el terreno á la pulmonía. Empezó por *gripe*. La *gripe* suele acometer á las personas algo debilitadas, sea por excesos de otro género, sea por los de la fatiga mental y cerebral, inevitable en los luchadores del arte, que suman dos desgastes: el de la producción continua, y el de la inquietud y afán de sobrepujarse á sí propios, de concebir y crear la obra definitiva que ha de consagrar su nombre y perpetuar su memoria. Y ambos motivos hubo para que Chapí se gastase y sufriese quizás—bajo todas las apariencias de la salud—esa disminución de las energías vitales, ese cansancio arterial que prepara el terreno á las infecciones.

¡La *gripe*! ¡Qué insidioso padecimiento! ¡Cómo hace la capa á los otros males! ¡Cómo se reviste de todas las formas de su proteica naturaleza, y lima y arruina lentamente las constituciones más recias, y conjurada y vencida al parecer, vuelve, vuelve, se desliza en el lecho!

«Fulano está desconocido; parece que le han echado veinte años encima... Es que acaba de pasar la *gripe*.—Mengano ha tenido que salir hacia un clima más tónico ó más suave. La *gripe* lo exige: si no, no acabaría de reponerse, y acaso se le declare la tuberculosis.—El pobre Sr. de R... se ha muerto. Pues ¿qué padecía? Nada, ó poco menos que nada: la *gripe*, que en los viejos es de desenlace muy peligroso.» Y así, unas veces abriendo brecha, otras cumpliendo francamente su obra destructora, la *gripe* triunfa desde que las hojas caen... Es la enfermedad de la retirada de la savia; es el mal de la decadencia de las fuerzas. Su invisible garrote apalea los huesos sin dejar verdugones ni cardenales en la piel, y su copa de narcótico hiela en las venas la sangre, intoxicándola y destruyendo su actividad bienhechora. Así, Chapí empezó por encontrarse «agripado...» Y no era nada, era sólo el poquillo de influenza... La pulmonía llevaba careta: se la quitó, y se vió su faz esquelética, sus ojos vacíos, el rictus de su boca sin labios. Quizás si desde el principio se hubiese conocido la índole del padecimiento, se conseguiría ponerle dique. Cuando se comprendió de qué se trataba, era tarde. El corazón, agitado poco antes por tantos sueños de gloria, dejó de latir, en un segundo...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.